**“LA SOCIEDAD DEL CANSANCIO”**

*Interpelaciones a la pastoral*

*desde una reflexión sobre la tardomodernidad*

Los análisis y discursos que, desde los diversos ámbitos de las ciencias humanas y sociales, se están produciendo como fruto del esfuerzo por entender, racionalizar y proyectar hacia el futuro el momento actual de la humanidad, coinciden en que estamos viviendo – quizás mejor, atravesando – un cambio de época y no solo una época de cambio[[1]](#footnote-1). Este atravesar nos hace a todos protagonistas conscientes o, en gran parte, inconscientes, de las dinámicas históricas vigentes en nuestras sociedades. No es fácil tomar distancia de los acontecimientos cuando somos parte de ellos. Exige un esfuerzo grande de interiorización y de autoanálisis, tanto a nivel personal como a nivel colectivo.

Una de las características más relevantes de este cambio de época – quizás la que determina toda las demás – es el pluralismo.[[2]](#footnote-2) Que en la dinámica del capitalismo neoliberal ha tomado forma en el concepto “globalización”. Pareciera que hubiera cabida para todas las diferencias siempre y cuando se ajusten a los estándares dominantes de producción y consumo.[[3]](#footnote-3) Con todas las consecuencias que conlleva una cosmovisión de este tipo.

Es también claro que, como creyentes, aceptamos la presencia vivificante del Espíritu y de su acción, en medio de estas realidades históricas del hoy. Por tanto, la primera y fundamental actitud para la labor evangelizadora-humanizadora es la de descubrir las “semillas del Verbo” - *Semina Verbi* – presentes en medio del aparente caos de nuestro mundo, invitación siempre actual que el Vaticano II, tomando de San Justino, ha lanzado a la Iglesia y a los cristianos. “Descubrir y valorar el diamante oculto por el barro”, paragonando a Don Bosco.

Los puntos precedentes son solo una pequeña pincelada para decir que existe un consistente conjunto de estudios, desde diferentes ámbitos, que nos ayudarían a delinear una reflexión inicial sobre el “primer anuncio” en el mundo contemporáneo. Lo que haría, no inútil, si no quizás redundante el desarrollo de esta reflexión. Bastaría con profundizar, por ejemplo, la doctrina del Papa Francisco con algunas de sus Encíclicas (Laudato Sii, Fratelli tutti) y algunas de sus Exhortaciones Apostólicas (Evangelii Gaudium, Querida Amazonia).

No obstante, de igual forma, los puntos anteriores sirven de proemio para justificar la exposición que, a continuación, se desarrollará. Porque ésta proviene de una voz que se consolida como una de las mas originales de los últimos tiempos. Una voz filosófica que revitaliza la teoría critica y que establece sus fundamentos en un análisis sobre el mundo actual – o tardomoderno como prefiere llamarlo a cambio de postmoderno – desde una perspectiva nueva. Una voz que puede aportar a los análisis existentes, interesantes claves de lectura y renovados puntos de vista y de perspectiva.

**I. Byung-Chul Han**

Ensayista surcoreano (1959), doctor en Filosofía por la universidad de Friburgo (1994) con una tesis sobre Heidegger y estudios en Literatura Alemana y Teología en la Universidad de Múnich. Profesor en Friburgo y Basilea y, desde el 2012, profesor de Filosofía y Estudios Culturales en la Universidad de las Artes de Berlín. Reconocido, a nivel mundial, como uno de los más novedosos filósofos contemporáneos. Su pensamiento se centra en la crítica a las sociedades contemporáneas organizadas con el enfoque capitalista neoliberal, que generan nuevas esclavitudes y disminuyen al ser humano en su esencia. Los especialistas lo consideran sucesor de Roland Barthes o Giorgio Agamben e influenciado por el pensamiento de Foucault.

 Su vida también es una proclamación – casi una performance – de lo que piensa y propone. Nacido y crecido en Seúl hasta los 26 años, estudió allí Metalurgia en la universidad de dicha ciudad, abandonándola para seguir sus preferencias por la literatura y trasladándose a Alemania para alcanzar su sueño, a donde arribó sin conocer el idioma y habiendo leído muy poco de filosofía. Hasta muy poco tiempo era reacio a difundir, en público, datos de su biografía y a dar entrevistas radiales o televisivas, como una forma contestaria a la masificación y vulgarización de la existencia. Todavía mantiene como fórmula política de resistencia el rechazo a usar celular, hacer turismo, escuchar música digital y tratar a sus alumnos como clientes. Considera casi sagrado sacar tiempo para cultivar su propio jardín.

 Un dato que no es ocasional – más allá del soporte filosófico de su pensamiento basado en la visión crítica de Heidegger y en la fenomenología de autores como Lévinas y Arendt – es el hecho que su pensamiento original está conectado, en manera profunda, con el conocimiento y la comprensión de la tradición del budismo zen.

 Al momento ha publicado 20 libros. Toda su obra original está escrita en alemán. La obra que lo catapultó a la fama, traducida a más de diez idiomas, es “La sociedad del cansancio”.

 Las críticas a su obra apuntan hacia su impacto mediático. Parece que sea un “producto de moda”. Dicen que solo retoma algunos autores y los presenta en una forma ligera para consumo de las masas. Otros, por el contrario, valoran su capacidad para hacer síntesis y presentar en una forma adecuada el pensamiento filosófico al mundo actual que, de filosofía, no es que sea muy conocedor. Su obra, de todas maneras, es una voz incomoda que cuestiona a los ciudadanos contemporáneos que lo leen.

**La sociedad del cansancio. El exceso de positividad**

Publicado, por primera vez, en 2010, ha visto una segunda edición en el 2016 que ha aparecido con dos capítulos más. Su aproximación a la lectura del fenómeno contemporáneo ha causado rápido suceso gracias a su original punto de vista,

*Las enfermedades emblemáticas*

 Cada época tiene unas enfermedades emblemáticas en las que se canalizan y afloran los malestares o, para mayor precisión, los desajustes y anormalidades en las que vive y que ella misma produce como fruto de su cosmovisión y su organización sociocultural. Para Han, la época iniciada con el siglo XXI es caracterizada – desde el punto de vista patológico – como una época neuronal. Al contrario de la época precedente que califica de bacterial y que tiene su fin y su control con el descubrimiento de los antibióticos y estaba fundada en los mecanismos de combate inmunológico basados en técnicas para repeler el cuerpo extraño al organismo, para enfrentar la negatividad que este portaba consigo. Su característica principal: una división entre adentro y afuera, entre amigo y enemigo, entre propio y extraño. Un paradigma inmunológico que se gestionaba desde el vocabulario y la lógica de la llamada “guerra fría”. Lo “extraño” era lo que se combatía, así no fuera hostil. Debía ser eliminado a causa de su “otredad”.

 En nuestra época, el paradigma está cambiando de una manera progresiva y sutil. No lo rige el esquema organizativo inmunológico. Ha desaparecido la otredad y la extrañeza. Sin estas no es posible reacción inmunológica alguna. Lo que aparece ahora es la diferencia que no genera reacción inmunitaria. Ya no hay otredad. Existe lo idéntico. Tampoco extrañeza: viene sustituida por lo exótico. El “nuevo hombre” es el turista que recorre lo exótico, el consumidor que se conforma a lo diferente. Ni siquiera los inmigrantes son, ahora, un “otro” o un “extraño”. Son, mas bien, una carga, un idéntico que nos pesa. Como bien ha analizado Adela Cortina (2017), el “extranjero” cuenta en las sociedades del “bienestar occidental” cuando es un turista consumidor, un inversionista de procedencia distinta, no cuando es un idéntico que padece necesidades y deshumanización y que no cuenta con el dinero suficiente para transitar los caminos de dicho “bienestar”. La aporofobia. Ser extranjero no es un peligro. Ni siquiera una amenaza. La categoría que cualifica al idéntico que proviene de fuera es la capacidad adquisitiva. El verdadero “pecado”, en esta sociedad, ¡es ser pobre! Ese es el idéntico que pesa y que se quiere lejano.

 La llamada globalización es, en consecuencia, la extensión y alargamiento de lo idéntico. En el esquema inmunológico hay una particular topología que establece con claridad limites, fronteras, cruces, umbrales, muros. En el mundo actual, pobre o casi ausente de negatividad, de otredad, no tienen sentido dichas topologías.

 Lo idéntico, por tanto, no genera anticuerpos. No hay rechazo porque no existe lo “otro”. *Existe una sobreabundancia, un exceso, de positividad, que quiere decir, un exceso de posibilidad, una sobreabundancia de lo idéntico, que conduce a la superproducción, al superrendimiento, a la supercomunicacion*. Así, “la repulsión frente al exceso de positividad no consiste en ninguna resistencia inmunológica, sino en una abreacción digestivo-neuronal y en un rechazo” (Han, 21). Las enfermedades emblemáticas de esta época son, entonces, producto de la violencia neuronal que resulta de la violencia de la positividad y que se manifiestan en el agotamiento, la fatiga y la asfixia. Esta violencia es saturativa y exhaustiva. Por esto mismo es sutil. No se percibe en forma inmediata.

 Las enfermedades neuronales son las emblemáticas de esta época. Depresión, TDAH (Trastorno por déficit de atención e hiperactividad), SDO (Síndrome de desmielinización osmótica), indican un exceso de positividad. El yo colapsa porque se funde a causa del sobrecalentamiento que origina la sobreabundancia de posibilidad.

*Disciplina y rendimiento*

Si el esquema inmunológico no logra explicar las enfermedades emblemáticas de esta época, tampoco la caracterización de la sociedad disciplinaria que realiza Foucault corresponde a la sociedad actual. Esta no es una sociedad regida por el deber y controladora de sus sujetos con instituciones que delimitan los espacios entre normal y anormal (hospitales, manicomios, cárceles, cuarteles, fabricas…). Esta es una sociedad del rendimiento en la que ya no hay “sujetos de obediencia” sino de “emprendimiento”. No se rige por la negatividad de la prohibición. Todo lo contrario. La caracteriza el verbo “poder”: Yes, we can! I can do it! La prohibición, el mandato, la ley han sido reemplazados por los proyectos, la iniciativa, la motivación. En palabras del propio autor, “a la sociedad disciplinaria la rige el no. Su negatividad genera locos y criminales. La sociedad de rendimiento, por el contrario, produce depresivos y fracasados” (Han, 26).

 La positividad del poder es mucho mas eficiente que la negatividad del deber. Aquí se encuentra el meollo del asunto. *Un sujeto de rendimiento es más rápido y productivo que uno de obediencia. Pero el poder no anula el deber. Lo presupone. Hay continuidad entre los dos. Es este el origen del cansancio y el agotamiento. Es la presión autoinfligida por el rendimiento lo que enferma y no el exceso de responsabilidad o de iniciativa*. Es un individuo que se entrega a una libertad obligada, es decir, a la libre obligación de maximizar el rendimiento. Es una autoexplotación porque, al inicio, está acompañada del sentimiento de libertad. Una autorreferencialidad que engendra una libertad paradójica que se convierte en violencia. Las enfermedades emblemáticas de esta época no son otra cosa que la manifestación patológica de dicha paradoja.

*La vida contemplativa*

 Los logros culturales – entre ellos la filosofía – son fruto de una atención profunda y contemplativa. Citando a Benjamin, Han habla del aburrimiento profundo que consiste en el momento álgido de la relajación espiritual, así como el sueño, lo es de la relajación corporal. Esta categoría de “aburrimiento profundo” es de importancia para el proceso creativo porque potencia el “don de la escucha” que también es colectivo, es decir, constituye una “comunidad que escucha”. El exceso de estímulos, de informaciones y de estímulos con que se manifiesta la sobreabundancia de positividad, modifican esta capacidad de escucha y de atención. Ni la actual administración del tiempo ni el tan ponderado multitasking garantizan un progreso en la cultura y la civilización. El multitasking y otras actividades como los videojuegos, por ejemplo, impiden asumir una actitud contemplativa ante la acción, el ser, o el objeto que está delante del individuo de esta época: debe ocuparse de lo que tiene ante sus ojos y también del trasfondo.

 Se debe procurar una vida contemplativa, considerada aquí no solo en las categorías religiosas y espirituales de diferentes tradiciones. La mera agitación no origina algo nuevo. Solo reproduce y acelera lo que ya existe. Dicha vida contemplativa es una experiencia del ser que percibe que la belleza y la perfección son sublimes, porque invariables e imperecederos. Aunque también lo flotante, lo volátil, y lo poco llamativo se revelan ante una atención contemplativa. “Su carácter fundamental es el *asombro* sobre el *ser-así* de las cosas, que está libre de toda factibilidad y procesualidad” (Han, 36).

 En contraposición a la vida contemplativa se puede ubicar la vida activa. Que en la critica de Arendt se cataloga como una entrega total al trabajo, convirtiendo al ser humano en un “animal laborans”. Han considera que esto no sea válido para la caracterización del hombre tardomoderno. Este vive en una sociedad que se ha individualizado y se ha convertido en una sociedad de rendimiento y actividad. Este ser humano actual es uno que ni siquiera se entrega al anonimato de la especie. Ni siquiera está animalizado. Es hiperactivo e hiperneurótico. Está aislado a causa de la desnarrativizacion general del mundo. No solo se han perdido las creencias religiosas sino también la creencia en la realidad misma. Todo esto refuerza la sensación de fugacidad. La vida esta desnuda. El trabajo, igual. Ante esta falta, ausencia y/o negación de los megarrelatos, nace la obligación de mantener sana esta vida desnuda. Tras la muerte de Dios, la salud se eleva a diosa. Ya lo había dicho (o predicho) Nietzsche.

 Pero la actividad no es identificable solo con la vida activa del trabajo industrial y postindustrial. La vida contemplativa también conlleva un gran ejercicio de actividad. A esta vida se puede aproximar con las tareas que Nietzsche señaló en “El ocaso de los ídolos”: mirar, pensar, hablar y escribir. La vida contemplativa presupone una particular pedagogía del mirar. Es la primera enseñanza preliminar para la espiritualidad. Es necesario aprender a no responder de inmediato a los impulsos. Se necesita mirar con paciencia y profundidad. Decantar lo que está de frente a la mirada. La vida contemplativa no es un abrir-se pasivo, no dice “si” a todo lo que llega y sucede. Opone resistencia a los impulsos que atosigan el ser. “En cuanto acción que dice “no” y es soberana, la vida contemplativa es más activa que cualquier hiperactividad, pues esta última representa precisamente un síntoma del agotamiento espiritual” (Han, 50).

 Para que surja una verdadera actividad contemplativa es necesaria la negatividad de la interrupción que nos hace dirigirnos hacia lo otro. Hoy en día no hay vacilación, no existen entre-tiempos. La aceleración los suprime. Lo que hoy se proclama es la actividad mecánica. La máquina no se detiene. No vacila. Por eso el computador es estúpido: no obstante, su inmensa capacidad de cálculo no tiene la capacidad de vacilación. En consecuencia, el ser humano como la sociedad se transforman en una máquina de rendimiento autista.

 Entendida como afirmación positiva, la negatividad es necesaria para vivir en plenitud. La potencia positiva es la potencia de hacer algo. Y en su idolatría navega esta sociedad. Pero también existe la potencia negativa, es decir, la potencia de no hacer, de decir “no”. Sin esta última estaríamos expuestos y regidos por los impulsos e instintos que atosigan con constante repicar. No habría espiritualidad. La negatividad del “no” es un rasgo característico de la contemplación.

*El cansancio tiene un gran corazón (Maurice Blanchot)*

 En la sociedad del rendimiento el cansancio es un cansancio a solas. Aísla y divide. Es un agotamiento excesivo producto del rendimiento y la actividad de esta tardomodernidad. La vitalidad – que es un fenómeno muy complejo – se reduce a lo funcional y al rendimiento vital. El dopaje esta convirtiéndose en el signo del funcionamiento sin alteraciones, y con el máximo resultado, de la máquina de rendimiento en la que el ser humano, en su conjunto, se convertirá. Los cansancios surgidos de este esquema son violentos porque destruyen la cercanía, la comunidad, el lenguaje.

 Existe otro tipo de cansancio que abre, que es elocuente, que sustenta el mirar y el reconciliar. Basado en el ensayo de Handkle (2006) sobre el cansancio, Han propone este tipo de cansancio que aminora el yo y que, al hacerlo, desplaza la gravedad del ser del yo al mundo. Este cansancio que abre puede ser reconocido como un “cansancio fundamental” porque no agota, sino que inspira. Permite que el espíritu surja. Propicia una atención diferente que reconoce y admira la variedad de las formas. Devuelve el asombro al mundo. Haciendo esto, afloja la atadura de la identidad. Funda una colectividad basada en la cordialidad, en una comunidad que no se une por pertenencia ni parentesco.

 El cansancio de agotamiento es propio de la potencia positiva. Incapacita para hacer algo. El cansancio fundamental, que inspira, es un cansancio de la potencia negativa, es decir, del “no”. Es un entre-tiempo. El Sabbath, por ejemplo, es un día del “no” en el que se hace posible el uso de lo inutilizable. Tiempo de paz. También “aquella ‘comunidad de Pentecostés’ que inspira el ‘no hacer’ se opone a la sociedad activa.

*Profanar el tiempo tardomoderno*

 La expresión “celebramos una fiesta” está a indicarnos la característica esencial de esta. Celebrar no envía al concepto de alcanzar un objetivo. No hay que dirigirse a alguna parte para llegar ahí. No existe la sucesión de momentos en la fiesta. Es un espacio en el que ya se está y que vuelve a ser recorrido. No trascurre algo. El tiempo de la fiesta es imperecedero.

 De manera lamentable, esta tardomodernidad es una época sin fiestas. No hay festividad en estos tiempos. Lo que existe son eventos y espectáculos. La totalización del tiempo laboral conduce a la destrucción del tiempo sublime. Este no se puede acelerar y desacelerar. La desaceleración no alcanza a generar un tiempo sublime. Hasta la pausa queda circunscrita al tiempo laboral. ¡Se descansa del trabajo para poder seguir trabajando! El tiempo laboral es un tiempo vacío que se debe rellenar. La fiesta, en cambio, es un momento de intensidad vital incrementada. Fiesta y celebración surgieron en contextos religiosos. Comienzan cuando termina el pro-fano tiempo cotidiano. Presupone una consagración. La temporalidad actual responde a la eventualidad, que pierde obligatoriedad y fuerza vinculante. En esta sociedad “todo el mundo porta consigo un almacén y un campo de trabajo. Hoy la nave industrial se mezcla con la sala de estar” (Han, 108). Basta solo con pensar al famoso homeworking. Computador y smartphone son sus símbolos. En el mundo actual lo divino y lo festivo se pierden cada día más.

**II. El anuncio del Evangelio, hoy**

El titulo de esta segunda parte remite, de inmediato, a la gran Encíclica de Paolo VI, la “Evangelii Nuntiandi” (1975), señero documento que ha marcado la reflexión postconciliar sobre el anuncio del evangelio y que, en continuación con los ulteriores documentos y Encíclicas, permanece como punto firme de referencia para toda la acción evangelizadora de la Iglesia. En modo particular, el capitulo II. ¿Qué es evangelizar? (numerales 17 al 24), junto a la “Evangelii Gaudium” del Papa Francisco, siempre será una mina en la que se encuentren tesoros para el anuncio del Cristo a las culturas humanas. El desafío contemporáneo no es distinto: qué es y en qué consiste anunciar a Jesús, el Señor, a este mundo para crear una cultura que afiance, rescate y renueve la dignidad de los hijos e hijas de Dios y comience a implantar el Reino de Dios en esta tierra.

 La reflexión pastoral, misionológica y catequética haciendo eco de la perspectiva anterior, sigue dando frutos en el quehacer y en la vivencia de las comunidades eclesiales. Con todos los matices posibles de una realidad que es global. Toda ella se fundamenta sobre el rescate y la valoración del primer signo y, a su vez, la primera acción evangelizadora: el testimonio de los creyentes. Sin él todo lo demás queda reducido a estrategia humana. Se anuncia a Uno que ha tocado el corazón, el alma, el ser total y que, al hacerlo, ha redimensionado la vida.

 Si bien, se haya avanzado en la distinción entre “primera evangelización” y “primer anuncio”, como también se haya hecho progreso – a pesar de las tendencias revisionistas y retrógradas – en la aceptación de la esencial vocación multicultural y multiétnica de la fe y de la Iglesia, siempre es necesario partir de la persona del creyente y, en concreto, de la persona que – por vocación – ha sido llamada a ejercer un servicio y un ministerio de anuncio dentro de la comunidad eclesial. Todos los análisis de la realidad actual y todas las posibles estrategias y planes pastorales para interactuar con ella, deben ser leídos y vividos en primera persona.

 La primera invitación, entonces, es a preguntarnos sobre nosotros mismos, nuestra fe y nuestra capacidad de testimoniarla.

*Para que tengan vida, y vida en abundancia (Juan 10, 10).*

 La cita bíblica encuadra la aproximación que, como testigos del Resucitado, todos los creyentes – en modo especial los lideres, pastores, educadores y catequistas – deben siempre conservar delante de los fenómenos del mundo en el que viven. Cristo invita a conservar la Vida, en abundancia. Plenitud de realización humana. Utopía que construye y sostiene la comunidad eclesial.

 Ante la propuesta de Han cabe preguntar desde dónde plantea su propuesta. A qué sociedad pertenece, en cuál horizonte vital se mueve y cuál horizonte de futuro traza. Si bien los filósofos leen el recorrido de la historia desde preguntas fundamentales, más allá de las contingencias presentes, no lo hacen fuera del mundo que los rodea. Su obra deja traslucir un mundo occidental de sociedades y naciones con un alto nivel de desarrollo industrial y tecnológico. Y aunque es cierto que ellas lideran y establecen muchos de los ritmos actuales, conviven con otras sociedades, grupos y tradiciones culturales que no se rigen por los mismos principios o que los viven de otras formas. Muchas veces como invitados de segunda categoría al festín de los “nuevos tiempos”. Esas cosmovisiones – desarrolladas como alternativas, defensa y/o contraposición – hacen parte del múltiple colorido de nuestra tierra. Y deben ser consideradas en una lectura pastoral de nuestro hoy. Porque el Maestro ha venido a traer Vida en abundancia para todos. Y el Banquete lo sirve para todos.

 Criterio pastoral es, entonces, el descubrir la Vida que late en los nuevos modos de expresión, de organización, de relaciones, que se establecen en el mundo contemporáneo. Como también lo es la propuesta de dar a conocer la Vida plena que porta a la realización de la humanidad. “Yo Soy el Camino, la Verdad y la Vida”, dice el Maestro.

*Quédate con nosotros, que la tarde está cayendo (Lc 24, 29)*

El conocido “camino de Emaús” y la riqueza de su propuesta educativo-catequética de acercarse a los caminantes de la historia, es digno de revisitar y releer. En los momentos de incertidumbre, de desilusión, de derrotismo y desesperanza, como de agotamiento, sin sentido, y vacío, lo primero es caminar junto a quienes lo padecen. Sin juicios y con profundo sentido de la escucha. Suscitando interrogantes. Aportando luces que puedan esclarecer los recodos donde no arriba ninguna de ellas.

 Si muchos de los hombres y mujeres de esta tardomodernidad terminan agotados, con inusual rapidez, y van a parar a un callejón sin salida, llenos de nada, tristes de un éxito que no aporta plenitud, el llamado evangelizador es a estar con ellos, caminar con sus pasos, propiciar espacios y tiempos donde puedan dar vida a la palabra que no logran pronunciar, la que pueda exteriorizar y categorizar la desazón que los habita.

*Mar en calma es mi nombre*

 En el fondo, el reclamo de la tardomodernidad es el de encontrar la pausa que, en medio del frenesí actual, pueda reconstruir la esencia humana. Tanta gente “exitosa” parece no poder convivir junta, ni siquiera consigo misma. Tantos vencedores de una competencia diseñada, con malicia, para que no los haya, hace que dichos vencedores terminen repitiendo los mismos gestos y movimientos mecánicos que los aniquilan.

 Solo en la quietud se serena el Alma. Solo en el profundo silencio y en la escondida oscuridad de la tierra, germina la planta. ¿No es quizás el momento de proponer experiencias de quietud, de calma, de silencio interior, de sosiego y paz espirituales? ¿No estaremos errando ruta al llenar nuestras propuestas evangelizadoras de muchas actividades y pocos procesos y escasas experiencias vitales, orantes?

*Contemplativos en la acción*

El famoso lema salesiano debería resonar con fuerza para la disquisición que Han hace sobre la vida activa y la vida contemplativa. Aunque es de reconocer que para los que por vocación portamos dicho carisma, no es camino fácil hacer dicha síntesis. Siempre el peligro es el mismo de esta sociedad contemporánea: creer que, haciendo, contemplamos, llana y en forma automática; creer que quien contempla y se aísla para reconstruirse, no hace.

 Una invitación constante a la contemplación, es decir, al asombro y a la maravilla de lo que es porque existe, es un derrotero seguro para no caer en la dictadura del hacer, del resultado y del rendimiento de esta sociedad contemporánea. Enseñar el gozo vital de ser y estar en este mundo. Trazar itinerarios de lo que la tradición siempre ha considerado fundamental: la búsqueda, el hallazgo y el disfrute de lo Bueno, lo Bello, lo Verdadero.

*¿Sabes silbar?*

Así de simple. Así de profundo. No es solo el evangelizador el que porta las soluciones o las vías para salir de algunos callejones sin salida. Basta un reconocimiento. Basta la empatía vital con los que escuchan. Es suficiente el avecinarse progresivo. Es cuestión de corazón.

 También esta época sabe silbar. Estamos seguros. Hace parte de nuestra confesión de fe. Cristiana y salesiana. También en medio de este maremágnum, el Espíritu suscita personas ricas de Evangelio que solo esperan ser descubiertas, reconocidas, amadas. Quizás una de las estrategias pastorales para este hoy sea el oír el Espíritu que sigue hablando en los caminantes de esta época, a los que encontramos en los cruces del camino, o en las aceras anónimas de la ciudad. Quizás antes de renovar proyectos, planes y programas bastaría, en muchos casos, asumir una actitud más humilde, calmar nuestros “afanes apostólicos” y pararnos a escuchar, a reconocer, y solo invitar a silbar. ¡Entre todos se construye, de nuevo, la Vida!

*¡Qué viva el Domingo!*

 La época contemporánea ha perdido el tiempo sin tiempo en el que todas las cosas y los seres se reconstruyen. Ha perdido el momento glorioso en que solamente se es. Y se celebra lo que se es. Pierde, por tanto, cada vez más, la dicha y alegría de celebrar que se vive. Ha perdido, en igual medida, la conciencia de la finitud de la existencia. Ha encasillado la muerte en un proceso aséptico y sin duelo. Se niega la muerte. Se la evita. Se la empaqueta en plásticos brillantes con la pretensión de olvidarla. Al hacer esto, está negando la vida. Sin la conciencia del limite y de la temporalidad, la vida no puede ser valorada en su riqueza. Por eso, sin celebrar y reconstruir la vida, negando la muerte, queda el momento pasajero de uno que vivo está muerto. Muertos vivientes.

 El acervo cultural y espiritual cristiano posee innumerables modos para ser propuestos al mundo de hoy. Si decimos que la Iglesia nace y se construye, revive y se relanza, desde la Eucaristía, desde la celebración dominical del pan partido, compartido y repartido, puede rescatar desde esta misma fuente de Vida, nuevos caminos de celebrar la vida. El domingo como categoría del gozo, de la celebración de la existencia, del reconocimiento de la Fuente de todo lo que vive, puede aportar sentido al gris transcurrir de los días de tantos hombres contemporáneos.

 Se celebra la vida. Se valora la muerte. ¿No será hora de reeditar, renovar, repensar, una propuesta de lo que en clave salesiana se llama “ejercicio de la buena muerte?” Sin conciencia de nuestra temporalidad, el aprecio y el respeto sagrados por la vida no son auténticos.

**Referencias bibliográficas**

Alberich, E. (2007). Anunciar el Evangelio hoy: exigencias y retos. *Misión Joven* 371, p. 15 – 24.

Agamben, G. (1998). *Homo Sacer: El poder soberano y la nuda vida.* Valencia: Pre-Textos.

Arendt, H. (2009). *La condición humana.* Barcelona: Paidós

Benjamin, W (1991). “El Narrador”, en *Iluminaciones IV. Para una crítica de la violencia y otros ensayos.* Madrid: Taurus

Han, B-G (2017). *La sociedad del cansancio.* Barcelona: Herder.

Cortina, A. (2017). *Aporofobia, el rechazo al pobre: un desafío para la sociedad democrática.* Barcelona: Paidós

Espinoza, L.; Greco, B.; Penchansadeh, A.P.; Ruiz del Ferrier, M.C.; Sferco, S. (2018). ¿*Por qué (no) leer a Byung-Chul Han?* UBU Ediciones.

Gadamer, H. G. (1991). *La actualidad de lo bello.* Barcelona: Paidós

Kerényi, K. (2011). *La religión antigua.* Barcelona: Herder.

Moral de la Parte, J. L. (2019). *Modernità e cambio epocale. Prospettive culturali e teologiche contemporanee.* Roma: LAS.

Nietzsche, F. (2007). *Humano, demasiado humano.* Madrid: Akal

Nietzsche, F. (2011). *Así habló Zaratustra.* Madrid: Alianza Editorial

Paolo VI (1975). *Evangelii Nuntiandi.* Ciudad del Vaticano: Librería Vaticana.

Papa Francisco (2013). *Evangelii Gaudium.* Ciudad del Vaticano: Librería Vaticana

Papa Francisco (2019): *Discurso del Santo Padre Francisco a la Curia Roma con motivo de las felicitaciones navideñas.* Ciudad del Vaticano: Librería Vaticana

1. Papa Francisco (2019) hace eco de esta perspectiva en su “Discurso a la Curia Romana” para el tiempo de Navidad. [↑](#footnote-ref-1)
2. Moral de la Parte (2019) propone un exhaustivo análisis de esta característica y sus implicaciones en el desarrollo del mundo actual [↑](#footnote-ref-2)
3. En la Evangelii Gaudium (2013), en los primeros numerales del capítulo segundo, especialmente del 55 al 60, el Papa Francisco traza una caracterización de esta lógica que llama “de exclusión e inequidad” [↑](#footnote-ref-3)